

En una ocasion llegaron los peregrinos al anocheecer á una aldea muertos de cansancio por una larguísima jornada, y faltos de fuerzas por el escaso alimento que aquel día habían recogido. No había allí hospital en donde recogerse; por lo que se vieron precisados á acudir á la caridad de cierta persona, que á la cuenta simpatizaba poco con la religion á que sus huéspedes pertenecían. Acogiólos muy friamente, y les sirvió una cena más fría aún que la acogida. Terminada la cena, les mostró el sitio en que habían de dormir, y en él pasaron la noche no ya descansando de la fatiga del viaje, sino desvelados por el hambre, haciendo actos de conformidad con la voluntad divina, y aprovechando aquella ocasion que se les presentaba de padecer por su amor.

Á la mañana siguiente, ántes de ponerse en camino, fueron á dar gracias del favor recibido al dueño de la casa y á despedirse de él; y este con la misma frialdad y desabrimiento con que les había admitido en su casa, los despidió sin darles ni siquiera un mendrugo de pan con que los hambrientos peregrinos pudiesen cobrar fuerzas para emprender y continuar su viaje. Dieron principio á él apretando cuanto podían el paso para ver de hallar dónde tomar algun refrigerio; mas el camino era largo, por despoblado, dificultoso, y por añadidura empezó á nevar con grande abundancia y duró la nieve un buen espacio de tiempo. Sacaban ellos fuerzas de flaqueza é iban prosiguiendo su camino, hasta que extenuados de frío y de hambre, no pudieron ya tenerse en pie, y se echaron en el suelo creídos que allí había de acabar su vida.

Dispuso Dios, por cuyo amor padecían aquel trabajo, que pasasen por allí algunos viajeros; los cuales movidos á compasion de aquellos tres religiosos en estado tan lastimoso, les dieron algo de comer de lo que ellos traían para sí, y recobrado el calor natural lo suficiente para moverse, echaron á andar hasta un pueblecito que á poco descubrieron. Su primer cuidado fue dirigirse á la iglesia, segun su costumbre, á venerar al rey de los cielos, á darle gracias por los favores recibidos en la jornada, y á pedirle esfuerzo para continuar su viaje. Tuvo de ello noti-

cia un buen sacerdote: fue por ellos á la iglesia, y al verlos tan arrecidos de frío y extenuados de hambre, compadecióslos en gran manera, los llevó á su casa, donde se esmeró en agasajarlos y regalarlos, con lo cual se repusieron del todo y estuvieron en aptitud de enseñar al pueblo la doctrina cristiana.

Mayor todavía fue otro apuro en que otra vez se vieron. Con ánimo de ganar tiempo, resuelven atravesar una montaña de áspera y difícil subida. Llegados con gran dificultad y muchos peligros á la cumbre, advirtieron que habían equivocado el camino. Estaba ya puesto el sol, el sitio era desierto, no conocían á qué distancia estuviesen de poblado, el frío y el cansancio los tenía abatidos y sin aliento, la nieve lo cubría todo. Doquiera que dirigiesen los ojos, no descubrían más que horrores, soledad, torrentes y precipicios, con tanto peligro de dar un paso adelante como de volver atrás, y con mayor aún de quedarse en donde estaban faltos de abrigo y expuestos á un aire helado. No les quedó otro remedio que levantar sus corazones al Señor, de quien únicamente les podía venir el auxilio en trance tan apurado.

Oyó el cielo sus gemidos sin hacerse aguardar. En lo más fervoroso de su oracion oyen una voz que los llama: vuélvense al sitio de donde les pareció que salía, y ven encima de un peñasco un agraciado jóven, que con apacibles palabras les dice: «Habéis errado el camino, Padres: para ir á tal punto (y era al que ellos se dirigían), habéis de ir por aquí (y señalaba á la derecha); luégo á la izquierda encontraréis una veredita que en breve os conducirá seguros á un caserío.» Fijáronse bien en las señas que el jóven les daba; y al volverse para darle las gracias por tal favor, ya había desaparecido el que no sabemos si fue hombre ó ángel; pero sí que se mostró tan buen conocedor del terreno, que el camino que acababa de indicar á los extraviados caminantes, aunque muy tortuoso y siempre al borde de horribles precipicios, los condujo sanos y salvos al término á do se dirigían, con pasmo de las personas que á tales horas los vieron llegar. De que en este hecho hubiese intervenido algo de extra-

ordinario nunca pudieron dudar los caminantes y cuantos se lo oían referir circunstanciadamente.

De esta manera iba Dios contrapesando los consuelos y las amarguras de nuestros peregrinos, y premiando las molestias corporales con los regalos del espíritu. En varios pueblos y ciudades se les hizo un recibimiento muy cortés y caritativo. Llegados un día á cierto convento de monjas, acercóse el H. Pignatelli al torno á pedir limosna: preguntó la tornera el nombre del que pedía; y como le dijese que eran novicios de la Compañía, que andaban en peregrinacion, fue la monja á comunicárselo á la abadesa. Baja esta, y pide las alforjas á los peregrinos. Dánse las, y ella les dice: «Hermitos, no las recobraréis sin que ántes hagáis lo que os voy á mandar.» — «Veamos,» dicen, «lo que nos ordena.» — «Pues habéis de comer en una mesa con el capellan de la casa, y nos habéis de echar una plática.» Excusáronse cuanto les fue posible los novicios; pero fueron tales las instancias de la abadesa, que hubieron de acceder á lo que les pedía. Comieron con el sacerdote, hicieron la plática; y la buena señora agradecida y satisfecha les devolvió los saquillos, mas no vacíos como ellos se los habían entregado, sino bien llenos de vitualla con que pudiesen continuar el viaje.

Para poner fin á la relacion de lo acontecido á nuestros peregrinos, diré lo que les pasó en la jornada á Manresa. Subían desde el puente de Vilomara, en el Llobregat, hacia la cuna de la Compañía, cuando he aquí que á la mitad de la cuesta toparon con un buen labriego, que con su azadon al hombro volvía del campo; y reconociendo por la edad y la sotana de los viajeros ser aquellos novicios de la Compañía que peregrinaban, con blanda sonrisa y con muestras de júbilo les rogó que se llegasen á su casa, que se veía allí á pocos pasos del camino. Agradecieron los caminantes su buena voluntad muy de corazon, pero le dijeron resueltamente que no podían aceptar lo que les ofrecía.

El bueno del labrador instaba una y otra vez, y esforzaba sus razones con la natural elocuencia de un corazon que agradecía en los hijos los favores recibidos del padre: hasta que viendo á

los interpelados firmes en la repulsa, con sencilla franqueza y desenfado les dijo: «¿Pues cómo, siendo vosotros hijos de San Ignacio, rehusáis una acogida que tantas veces él aceptó? Él fue muchas veces á mi casa, y ¿vosotros no queréis entrar en ella?» Y sin decir más palabra, echó á andar, y ellos siguieron tras él.

Era este buen hombre el dueño de las Marcetas, poseedor del cingulo de San Ignacio. Llamábase Miguel Casajoana, cuyo nieto, Ignacio Codina, le sucedió en la herencia de la casa por haber muerto su padre Ramon en vida del mencionado Miguel. Este Ignacio Codina fue abuelo materno del actual jefe de las Marcetas, Ignacio Altimiras¹.

Introdújolos el devoto Miguel en su casa, y dijoles cómo en ella se daba limosna á San Ignacio cuando iba á hacer oracion ante la imágen de la Virgen de la Salud, que se venera aún hoy en la capilla de Viladordis, distante de la casa como unos trescientos pasos: y luégo sacando una estatuíta de plata de San Ignacio: «Aquí tenéis,» les dice, «la imágen de vuestro Padre: este objeto que veis al través del cristal,» (y les señalaba el que está en una pequeña abertura al pie de la estatua) «este es el mismo ceñidor de anea, con que vuestro Padre estrechaba su saco de penitente en su cintura el tiempo que vivió en Manresa al principio de su conversion. Dejólo, cuando salió para Barcelona, á la dueña de la casa, que entonces era, en agradecimiento de las muchas limosnas que de ella había recibido, haciéndole saber que mientras conservasen sus herederos aquella reliquia, y prosiguiesen socorriendo con limosnas á los pobres de Cristo, no se había de extinguir la familia, ni les había de faltar el sustento necesario. Así ha sucedido,» concluyó, «hasta ahora, y así confiamos ha de suceder en adelante.»

Estaban absortos los peregrinos escuchando las razones del buen hombre, y sentían henchírseles el alma de gozo y de ternura al oír tan sabrosa relacion de los hechos de su santo Padre,

¹ Nota comunicada por el P. Valentin Altimiras, S. J., hermano de Ignacio.

y al verse cobijados bajo aquel techo que él santificó tantas veces con su presencia. Postráronse ante la imágen de San Ignacio con profundo sentimiento de devoción y humildad: hicieron un rato de fervorosa oración, y besaron por el cristal, que hemos dicho, aquella preciosa reliquia. Acompañólos después Miguel á la cercana iglesia de la Virgen, en la cual entraron los caminantes sobrecogidos de un santo respeto al recordar los extraordinarios favores que en ella había San Ignacio recibido del cielo. Oraron ante la imágen de nuestra Señora, y no se hartaban de besar las piedras del suelo que tantas veces pisó el Santo, y en particular una, en la que hincaba él las rodillas, cuando por estar cerrado el templo, no podía entrar en él, y por esta causa era, y es aún, tenida en especial veneración. Se la ha colocado en el interior en lugar distinguido, y lleva esculpida esta inscripción: «Piedra de San Ignacio¹.»

Los peregrinos, satisfecha su devoción, dieron al buen hombre las gracias más expresivas por la merced que les había hecho, y á Dios nuestro Señor que para tanto consuelo suyo se lo había deparado. Despidiéronse del dueño de la casa los novicios, y emprendieron su marcha hacia Manresa, venerando con gran devoción las cruces que en el camino iban encontrando, como son las de *ca'l Grabat*, de la Cullà y *del Tort*, testigos de los muchos éxtasis, y de las soberanas visitas é ilustraciones celestiales, y otros favores extraordinarios, con que Dios nuestro Señor había favorecido al santo penitente de Manresa.

Grandes consolaciones inundaron el pecho del H. José los breves días que le fue dado permanecer en aquella ciudad de tan gloriosos recuerdos para todo hijo de la Compañía: y si fue grande

¹ La inscripción está en catalán, y tiene esta forma:

ANY	1522
IHS	
P.DRE. DE. S.	IGNACI

el trabajo que le costó arrancarse de Montserrat y separarse de su tierna Madre la Santísima Virgen, cuya celeberrima imágen allí se venera, mucho mayor fue la pena que oprimía su corazón al abandonar á Manresa, teatro glorioso de tan heroicas hazañas de su bendito Padre y Fundador de la Compañía.

Emprendieron por fin los peregrinos su viaje hacia Tarragona. Lo que hasta aquí se ha contado de la peregrinación de nuestro fervoroso novicio, no es sino algo de lo que á menudo refería en sus últimos años á los que él mismo estaba informando en los principios de la vida religiosa: y como era tanta su circunspección en el hablar, mayormente en cosas que pudieran redundar en alabanza propia, carecemos de noticias que nos revelen el interior de su espíritu.

De los sermones que hacía en este tiempo se sabe por relación del P. Moreno, que la palabra de su discípulo era tan penetrante y eficaz, que traspasaba el corazón más obstinado y ablandaba el pecho más duro de los que le oían. La malicia y deformidad del pecado, la incertidumbre de la muerte, la terribilidad del juicio, la vanidad y la nada de los bienes y males presentes en comparación de los eternos, eran los asuntos ordinarios de sus pláticas al pueblo: verdades por cierto muy á propósito para despertar de su letargo al pecador, y que explicadas con aquella valentía y vigor de espíritu que comunica á la lengua un corazón abrasado en amor de Dios, son muy poderosas para convertir las almas, por más que estén encallecidas en el vicio. Añádase á esto la vida santa y los ejemplos de virtud que admiraban las gentes en un jóven, que en la flor de los años, nacido de nobilísimos padres, y educado entre grandezas y honores, abandonaba cuanto poseía y le era dado esperar, para seguir á Cristo en vida pobre, humilde, abyecta y mortificada: todo lo cual predicaba con muda elocuencia y persuadía más que la copia de palabras y argumentos.

No eran solos los extraños los que se rendían á la fuerza de persuasión del H. José Pignatelli: lo mismo pasaba á los de la Compañía que eran testigos de su santa y edificativa conducta.

Los novicios le respetaban como á santo y le tomaban por modelo de perfeccion religiosa. Los más adelantados en edad y en tiempo de religion no poco tenían que aprender de él: «y hallo en los procesos,» dice á este propósito el P. Boero, «que hombres ya cargados de años y envejecidos en la práctica de las virtudes, que le habían conocido novicio y probado su espíritu, hablaban de él con admiracion y grande elogio, y solo su recuerdo les servía de estímulo para adelantar en la perfeccion.»

El P. José Doz resumía en estas pocas palabras la vida de nuestro novicio en los dos años de probacion: «En el noviciado era modelo de virtud.» Así depone habérselo oído decir el Hermano José Grassi¹.

Tal era el H. Pignatelli, segun confesion de testigos oculares y merecedores de toda fe, ya en tiempo de su noviciado. Estaba, pues, maduro para hacer los votos, que le fueron concedidos sin dificultad, y con indecible júbilo de su espíritu los pronunció en Tarragona á los 9 de Mayo de 1755, viéndose honrado con la presencia de una persona tal vez la más grata á su corazon. Esta fue su hermanito Nicolás, á quien dejó en el colegio de Zaragoza; y deseoso de seguir las huellas de su hermano José y de su compañero Doz, había pedido la Compañía, en la cual efectivamente entró en Tarragona el día 5 de Abril de este mismo año de 1755, un mes ántes de terminar el noviciado José.

Al mismo tiempo que Nicolás entraba en la Compañía y José por medio de los votos se ligaba estrechamente con ella, su hermano D. Ramon, después que en el colegio Clementino de Roma se había dado á conocer por su aplicacion y talento, y claras muestras de sus adelantos en presencia del Pontífice y de muchos cardenales, volvió á España, y ántes de cumplir los 20 años de su edad, el Papa Benedicto XIV le concedió una canonjía en la metropolitana de Zaragoza en 1753, acompañando á la concesion una carta autógrafa de Su Santidad. Viose luégo celebrado por su ilustracion en las ciencias, literatura y bellas artes, des-

¹ *Process. Rom.* fol. 130.

collando sobre todo en el conocimiento de la jurisprudencia eclesiástica, de la que obtuvo la borla de doctor en la universidad de Zaragoza en 1755, el mismo de la entrada de Nicolás en la Compañía y de los votos de José. Entretanto D. Vicente, admitido desde muy jóven en la inclita orden militar de Jerusalem, seguía la carrera de las armas con destino á la real marina, en la que llegó á ser capitan de fragata¹.

¹ *Biografía eclesiástica*, Tomo XVIII, págs. 200 y 202.